

CRÓNICA DE UN SILENCIO ANUNCIADO

This is a story about a girl named Lucky.

Britney Spears

CAPÍTULO 1. LA PERTURBADA

Esta es la historia de una pobre adolescente perturbada e insoportable. Lo que habla, si no genera curiosidad, es molesto y propio de un razonamiento anómalo. La educación jesuítica y la formación retrógrada de su casa han influido para que se ponga en un pedestal moral desde donde cree tener el derecho de juzgar.

Este capítulo narra cómo su padre, un tipo rudo por sus reacciones, no transigió y la puso en una situación extrema ante la que ella: i), gritó como una despedazada, ii), lloró para auto-convencerse de la corrección de sus mentiras y, iii), manipuló para mostrar al mundo su ficticio y deseado papel de víctima.

Todo comenzó al final de una parrillada en el jardín de un edificio modesto de departamentos. Fue cuando su padrastro la recogió, casi al terminar la tarde, acompañado de su mujer, la birlocha, madre de la perturbada. Solo con el propósito de molestar a su padre biológico, el anfitrión de la parrillada, la adolescente de 16 años, se colgó del cuello de su padrastro. El padre biológico hizo de la vista gorda, pero no dejó de percibir la situación. Había un mensaje claro, por la manera cómo la perturbada se reía viendo a su padre biológico mientras abrazaba a su padrastro, llenándolo de besos. No dobló las rodillas quedando suspendida en el aire —como fue en otra ocasión posterior- pero fue evidente que quería mostrar celos con la única arma que tenía: el contacto físico.

Posteriormente, un día que, con su padre biológico, la perturbada y su madrastra caminaban al restaurant de la esquina porque querían almorzar, el padre biológico abrazó a su hija, también para evitar que se resbalara en la pendiente. De manera descortés, la perturbada levantó el brazo de su padre y se alejó con el mensaje de una persona dislocada que dice: “Yo no permito que nadie que yo no quisiese, me abrace, aunque solo sea de una manera *normal* de un padre a su hija”.

El día 8 de enero, atendiendo a la solicitud de su madre, de que el padre biológico la “cuidase” —mientras la madre y el padrastro viajasen gustosos sin interferencia a una ciudad capital- la perturbada puso su plan en marcha. Consistía en premeditar las respuestas de su padre biológico, explicitando que era una mala persona.

Claro, no contaba con la perspicacia e inteligencia del viejo de casi 60 años que instantáneamente se dio cuenta de la táctica y la estrategia.

Después de valorar el trabajo que veía que hacía su padre biológico como editor de una revista y dando a entender que a ella le hubiese gustado tenerlo a diario para aprender a editar artículos científicos, le preguntó:

- ¿Por qué le dejaste a mi mamá?
- Yo no la dejé. Ella lo hizo, técnica y legalmente, fue abandono de hogar.
- Pero, tú debiste buscarla y rogarle que vuelva.
- Yo no estoy para esos jueguitos. Además, la relación con tu medio hermano, viviendo los tres aquí, fue muy difícil.

Claro, el padre biológico no enfatizó, evidencias como las que se señalan a continuación: Su suegro quería que venda el Dpto. donde vivían los tres para tomar un anticrético cerca de su casa, en una zona apenas semi-residencial, para que la birlocha (es decir, la madre) esté más cerca de sus padres, de sus hermanas y de su cuñado. Todos, viviendo en la casa del patriarca o a pocos pasos. Posteriormente, el padre biológico se enteró de que su suegro, gracias a su enriquecimiento que no corresponde a un funcionario público que debía mantener a cinco personas, no solo era dueño de un edificio de cuatro plantas, sino también era dueño de una casa a la vuelta de la esquina. Cada planta y la casa aledaña debían ser ocupadas por los matrimonios de sus hijas, con personas que él sancionaría dándoles o quitándoles la autorización de casarse.

Además, vendiendo el Dpto., de ser un bien sucesorio, el dinero que reportaría el inmueble se convertiría en ganancial, por lo que, ante eventuales separaciones, la birlocha, otra abogada de igual calaña que su padre, se haría con la mitad del dinero de la venta. Varias veces la birlocha insistió con la venta para firmar un contrato de anticrético. Al principio, el padre biológico no respondió, después dijo que era difícil y al final mostró su determinación porque eso no sucedería con lo que se consumó el abandono de hogar.

La birlocha hizo la vida imposible a su marido y a su hijastro. Llevó su propio menaje individual de cocina: cubiertos, platos, tazas, vasos y otros enseres domésticos, todo estaba marcado con esmalte de uñas. Terminaba de comer y solo lavaba lo que ella ensució, no los enseres de los demás. Sus vituallas, ropa de cama y de baño, frazadas y cosas personales que podían confundirse, tenían cosidas sus iniciales. Toda vez que podía, protestaba, sea por la comida que siempre hacía su marido, puesto que ella nunca cocinó; por tener que tomar transporte público a pesar de que sus trabajos duraban muy poco, porque tenía la desgracia de no poder conducir a pesar de que intentó aprender en academias y no lo logro en dos ocasiones,

reprobando los exámenes y, especialmente, por la desgracia de que sus padres tengan que movilizarse, yendo a verla, su madre, tres o más veces por semana.

El padre biológico tampoco entró en detalles informándole a la perturbada acerca de que su madre, madrastra de su medio-hermano, lo trató como si ella y él fuesen iguales, es decir, en ningún momento le ofreció protección, consejo ni cariño; sino, recurrentemente, competía con él para obtener beneficios del hogar y prerrogativas. Nunca fue ni la sombra de una madre, jamás hizo un solo quehacer del hogar que beneficiara a su hijastro y creó un ambiente desagradable, compitiendo por tonterías y vertiendo estupideces que repetía de su madre —una pobre mujer, ama de casa toda la vida, cuya inteligencia apenas le permitía argüir: “qué frío hace, ¿no?”-. El padre biológico no le dijo a la perturbada de su hija que el abandono de hogar de su madre fue la suma de tales factores que contribuyeron para que el desenlace fuese el que se produjo, con la gota que rebosó el vaso cuando la birlocha se refirió a su hijastro como: “la gente”. Lo notable de esta historia es cómo la birlocha, años después, para obnubilar su desempeño deplorable como esposa y madrastra y convencerse de otra mentira, dijo que cuando vivía con su marido y su hijastro había escuchado la voz de la madre muerta del hijastro que le dijo: “cuida a mis hijos como si fuesen tuyos”.

Pero volvamos al diálogo:

- No son juegos, uno debe hacer todo por la familia –dijo la hija.
- Se fue y terminamos.
- Y, ¿por qué no fuiste a vivir con ella, como vivimos los tres ahora, mi “papaíto”, mi mamita y yo, con nuestra perrita?
- Una familia debe vivir aparte de los padres de ambos cónyuges, no estamos en la Edad Media donde la familia extendida era imprescindible para sobrevivir, ni en la Roma patriarcal donde el *pater familias* hacía y deshacía todo de todos. Tu abuelo quería que los cónyuges de sus hijas cumplan sus deseos y órdenes, inmiscuyéndose él y su mujer en la vida familiar, determinando lo que debían ser y hacer los otros hogares, mejor, si estuviesen muy cerca.
- ¡Cómo vas a decir eso! Mi abuelito siempre ha querido lo mejor para mi mamá, para mí y también para mis tías, sus esposos y sus hijos.
- Yo no estaba de acuerdo con tu abuelo. A su hija le ofrecí un hogar y un hijastro al que maltrató sin poder ser una madre de verdad. Y fue imposible, pasó como con el pintor extraordinario que enamoraba con tu tía y tu abuelo los separó, solo porque él, como yo, somos espíritus libres, no peleles, ni de enamorados ni de maridos.
- Mis abuelitos siempre han hecho lo mejor para nosotros.
- ¡Ah, así...! A ver, te pregunto: ¿Tu abuelo te besaba en la boca y te daba palmadas en el trasero cuando eras niña, o yo habré alucinado alguna vez?
- Yo le hacía caso en todo, como también a mis papás...

- Bien. Pero si tus papás, como llamas a tu madre y a tu padrastro te dicen con quién debes casarte y con quién no debes hacerlo, ¿sería una orden para ti o solo una opinión, teniendo tú la libertad de seguir o no su consejo?
- Yo me casaré con quien mis papás me digan.
- ¿Y si te enamoras de quien no tiene su visto bueno, o te dicen que te cases con quien no quieres y a quien no amas?
- Me casaré con quien me digan mis papás y viviremos juntos, felices como ahora vivimos con mi abuela, pero vivimos doce años, también con mi abuelito.
- Me parece muy, pero muy mal, hija. Debes enamorarte para casarte independientemente de la opinión de tu madre y de tu padrastro. Y si tu marido no puede darte un hogar, libre e independiente de la tuición de sus suegros, no deberían casarse. Además, debes saber si se llevarán bien en la cama, para lo que las relaciones sexuales previas al matrimonio, siempre que haya amor, son muy aconsejables.
- ¿Qué? (gritando) ¿Cómo puedes decir eso? ¡Al matrimonio hay que llegar virgen!
- A tus medio-hermanas mayores yo les he dicho siempre que cuando las hormonas les estallen, cuando estén enamoradas y quieran construir una familia independiente y sólida, cuando quieran casarse, tengan relaciones sexuales. Lo único importante es que tengan cuidado de no embarazarse.
- ¡Esa es una inmoralidad! Yo no lo haré.
- ¿Quién te dijo eso, tu madre?
- Sí, ella fue virgen hasta el matrimonio.
- Te cuento, hijita, que no es verdad. Tu madre perdió la virginidad conmigo meses antes de que nos casemos.
- ¡Mentira!, búa, búa.... (llorando).
- A mí, hija, como soy filósofo, no me gusta mentir. Y aunque la verdad duela y las sugerencias sean terribles, yo las afirmo con todas sus letras. Siento que vivas entre mentiras y que tu madre te induzca por un camino de hipocresía y muestre una imagen de ella que no corresponde con la realidad. Así, no vas a ser feliz, a no ser que encuentres un marido marioneta que haga lo que le diga tu padrastro, administrando los bienes de tu abuelo, desde la casa y sus pisos, hasta sus movilidades.

El padre biológico tampoco le aclaró a la perturbada que intentó en tres ocasiones y por escrito, que su esposa que le abandonó, reconstituyera su hogar a pesar de haberse ido teniendo un mes de embarazada. Se casaron el 12 de marzo de 2005, la birlocha lo abandonó tres meses después y la perturbada nació el 12 de febrero de 2006. Tampoco le dijo que se enteró, posteriormente, que ese tiempo, gracias al padre casamentero de la birlocha, le presentó a su edecán, es decir, al policía que cumplía las funciones de guardaespaldas y de chofer, llevándole a todas partes en un auto oficial y que era “muy buena persona”, especialmente, muy obediente con los deseos de quien sería su futuro suegro.

Al día siguiente, la perturbada hacía patentes sus muletillas de siempre, especialmente: “Ay, ¡pero, qué conveniente!”. Fueron a la casa de la madre del padre bio-

lógico. La madrastra, al llegar, le pidió que comprara pan de la tienda al frente del pequeño departamento de su abuela. Se negó, argumentando que era peligroso que ella cruzara la calle sola. La madrastra fue a comprar ella misma el pan. Después se dedujo que los mensajes que la perturbada enviaba desde el auto, eran a su padrastro, para que acudiera como su “salvador”, después de haber oído el día anterior, semejante discurso de parte de su padre y su madrastra.

El policía que fuera chofer y guardaespaldas de su abuelo, quien mostró la extraordinaria persona que era, apareció milagrosamente en el lugar, cuando la perturbada lo esperaba dentro del auto. Grito: “¡papaíto!”. Salto del coche y se colgó del cuello. Esta vez, incluso doblando las rodillas de manera que permaneció en el aire unos segundos con tupido contacto físico, mientras su padre biológico, su madrastra y su abuela —que veía desde la ventana- observaban su conducta. El padrastro se incomodó e hizo el ademán de separarla, sin querer hacerlo realmente, como la anterior vez. Ella le expresó con besos el gran amor que sentía por él, en tanto que la respuesta del policía fue que siguiera haciendo lo que estaba haciendo: visitar a su abuela toda vez que, al día siguiente, por primera vez en su vida, ella viajaría por avión con su padre y su madrastra a una ciudad capital.

Llegando al departamento de la abuela y en el contexto de la visita, el padre biológico fue muy rudo, le explicó cómo una joven adolescente con las hormonas en flor ocasiona una reacción física sexual si se frota con el cuerpo de un hombre y más, si se cuelga de él quedando en vilo. Que eso no debería hacerlo por dignidad de mujer y que si su madre no le enseñaba a cuidarse a sí misma y a respetar a los demás; ante tal situación, él, su padre, lo haría. Repitió los argumentos sobre la hipocresía de la virginidad, la estupidez de obedecer a los padres para casarse o no con “x” o “y” persona y la situación extrema de renunciar a la libertad viviendo con los suegros y nada menos respecto de lo más importante para un ser humano, como es el amor y la relación de pareja.

En la situación en que el padre biológico, la abuela y la madrastra reprocharon a la perturbada por su conducta, se produjo el siguiente diálogo:

- ¿Por qué me recriminas? (a su padre). Díselo a él (al padrastro).
- Yo no le digo a tu padrastro que cambie su conducta por lo siguiente: i), teniendo diabetes, no creo que él tenga una libido normal, esta enfermedad cohibe el deseo sexual. ii), si yo creyese que él es un pedófilo, le investigaría, le sacaría fotos y le denunciaría ante su superior en la policía para que lo expulsen. iii), a él solo le reprocho que no te aleje de su cuerpo cuando le abrazas y le besas; peor, en esta ocasión, hasta que tú quedaste en vilo. iv), las dos veces que lo hiciste en mi delante, se incomodó con tu actitud, hizo el ademán de separarte, pero no es enérgico para lograrlo, pese a que es consciente de que lo haces para darme celos. Y v), no eres una niña y la

responsable principal de tu actitud eres tú; además, se nota que lo hiciste dos veces ante mí, para molestarme.

Por lo que dijo después su madre, la birlocha, se dedujo que, gracias a las frecuentes visitas al baño, los mensajes por el celular desde ese ambiente y desde el auto; la perturbada informaba a su madre con sesgo, lo que su padre biológico, corroborado por su abuela y su madrastra, le habrían dicho, seguramente por la *envidia* de ver a la familia feliz que eran la perturbada, la birlocha, el policía y el perro.

Al día siguiente, lunes 9 de enero, en cuanto terminó la ceremonia religiosa que se orquestó recordando un año del fallecimiento del patriarca por la pandemia, inmediatamente la birlocha dijo: “Mi hija no viajará con Uds. Se ha cancelado el viaje de mañana y vamos a algún lugar para hablar. Nosotros sabemos todo lo que le dijeron”. Su intención no era hablar sino vociferar consagrándose como la birlocha que siempre fue y que tenía la oportunidad de explayarlo. A la perturbada, felizmente, no se la volvió a ver, aunque quedó clara la necesidad de que recibiera atención profesional por sus actitudes, manipulaciones, mentiras e hipocresía.

CAPÍTULO 2. LA BIRLOCHA

Después de haber aprendido fructuosamente a conducir, gracias a las enseñanzas que el policía le impartió, temprana y privadamente, la birlocha siguió sola a su ex-marido y a la esposa de él, en su propio automóvil, hasta su departamento. Mientras su ex-marido estacionaba el auto, la anfitriona le invitó a ingresar. Se negó a hacerlo, dijo que esperaría a su ex-marido en el descanso de las gradas comunes; es decir, en el lugar más conveniente para que lo que ella diga se escuche en los seis departamentos de edificio.

Su ex-marido se demoró intencionalmente para que la birlocha, consagrada como tal con su actuación, midiera lo que iba a hacer que era previsible. En cuanto se encontraron, ella comenzó diciéndole que lo que le habían dicho a su hija era inaceptable y comenzó la perorata de insultos, ratificados un mes después por escrito, en una carta de diez páginas con una deplorable presentación y con un diseño gráfico de un niño apenas conocedor de *Word*.

Para conocer la actuación de la birlocha explayando sus insultos a voz en cuello, es conveniente leer la carta de marras; sin embargo, para ilustrar al lector, cabe señalar los principales insultos proferidos verbalmente. Algo que la birlocha reiteró varias veces, gritando como si estuviese denunciando ante el mundo su *verdad*, es la supuesta “envidia” que su ex-marido sentiría por el magnífico hogar que ella tendría al lado de su nuevo marido, el policía, un abogado de reciente graduación.

Ante tales agravios, el agredido sonreía lacónicamente, esto exasperaba aún más a la birlocha ya exaltada. La sonrisa se debía a lo que el insultado pensaba para sí mismo. Era, en fracciones de segundos, lo que se indica a continuación:

Esta abogada de categoría incalificable no tiene idea de quién soy. Yo soy doctor, mientras que su marido tiene apenas el título de licenciado y su máxima aspiración es aprovechar el prestigio de su suegro fallecido para ser aceptado por el primer gremio de corrupción más denunciado en el país: el judicial. Como policía ya es parte del segundo gremio más venal del país, ahora pretende estar en ambos, para aumentar sus beneficios. Yo tengo hijos que estudian o se han doctorado en Europa, mientras que la ex-mujer del policía, le ha prohibido que vea a su hijo y la ley ha fallado a favor de tal prohibición. Yo he publicado 50 libros de mi autoría y de mi edición, mientras que con suerte se podrá encontrar un trabajo de grado medianamente aceptable. Yo gano igual que el Rector, mientras que el marido de marras, como sus colegas, está siempre a la expectativa de coimas por faltas menores, por ejemplo, de tráfico, para aumentar su peculio. Yo tengo premios nacionales e internacionales por mi producción intelectual y mi desempeño profesional; mientras que el policía apenas tiene la habilidad de argumentar con lugares comunes repetidos en el submundo del hampa. Yo he viajado a cerca de 30 países, he visitado dos centenares de las ciudades más atractivas del mundo y he dado clases en una de las universidades más importantes de Estados Unidos; él apenas conoció un país limítrofe. Yo he representado a mi universidad y al Rector en países europeos y africanos al más alto nivel internacional, el subalterno apenas puede ufanarse de cumplir órdenes veleidosas de oficiales con mayor grado. En fin, entre las mujeres que yo tuve se cuentan una ex-presidenta de su país, la hermana de una Miss Santa Cruz, una ex-guerrillera que enfrentó a los contras en Nicaragua en los ochenta, doctoras con títulos de verdad, y varias extranjeras, entre ellas procedentes de Argentina, Ecuador, Alemania, Estados Unidos y otros países, con las que conviví conociendo la realidad de las relaciones de pareja. Todo esto es incomparable a la mojigatería de una abogadilla incompetente e hipócrita; además, he tenido la oportunidad de ser apreciado por personas y familias íntegras, destacadas e importantes, por suegros y suegras, formales o no legales, con títulos profesionales de muy alto nivel y estudios en el exterior. Por ejemplo, el primer secretario del Partido Comunista del país que ejerció el cargo durante décadas. Mis relaciones con extranjeras y nacionales siempre fueron intensas y profundas, llevándome a los extremos de la vida amorosa con mujeres únicas que hablan varios idiomas y sobre las que yo escribiré algún día. En cambio, el ámbito de trabajo del marido es el submundo del hampa, con trata y tráfico de personas y con prostitución a la orden del día. Yo formo a los futuros profesionales, en pregrado y postgrado, habiendo recibido decenas de agradecimientos, institucionales y personales, motivando la obtención de títulos con alto reconocimiento; a lo sumo, el marido aspirará a obtener un diploma por papeleo burocrático. Yo empleo el español a la perfección por lo que soy miembro de la Real

Academia Española —institución incomprendida para el gremio de litigantes- y tengo proficiencia comunicativa en varias lenguas, habiendo estudiado incluso griego y latín; frente al español de canal televisivo nacional del policía. Pero, lo más importante, frente al fracaso de la birlocha que se quitó la máscara poniéndose al descubierto, evidenciando lo que siempre había sido, no tiene idea alguna de lo que es mi matrimonio hoy. Con mi esposa que me realiza y se realiza como mujer, como madre substituta, compañera, colega, estudiante de dos doctorados e hija de un padre médico reconocido y querido por su gremio. No se trata de un progenitor, un tipillo que festejaba cada año la fecha cuando defendió su tesis porque ni él mismo creía que podría ser abogado dada su procedencia. Alguien que hizo un altar en el piso inferior de su casa, donde ofrendaba religiosamente a una imagen de un cantante y locutor de radio expresando los deseos del populacho ansioso de cambiar su situación y que le habría inspirado —y ayudado- a ser abogado. En fin, es risible para mí, que YO sienta “envidia” por semejante marido y por tal familia a la que tuve la mala suerte de conocer.

Los insultos verbales de la birlocha fueron acompañados con insistencia con la arenga a su ex-marido: “¡Vete al espejo; ve lo que eres realmente!”. También: “¡Lávate la boca antes de hablar de mi padre!”. Ante tales imperativos, no sin falta de humor, el susodicho le dijo que no tenía espejo portátil en su casa, pero que usaría el celular para verse, tal vez encontraría algo interesante y le gritó a su esposa que le pasara el enjuague bucal, lo que fue ignorado. Al usar el celular, lo utilizó no para verse él mismo, sino para enfocar la imagen de la birlocha.

Cabe hacer un recuento sumario de los insultos, solo por diversión, para ver la esquizofrenia de la birlocha: incapaz de desagregar el plano doméstico de la labor de su gremio, e incapaz de un sentido mínimo de autocrítica. Sobre lo primero, siendo una abogada entre miles, nunca consiguió un empleo por méritos propios, sino solo por recomendación o gestión de su padre. Creía que no solo como abogada, sino en la vida cotidiana, debía auto-convencerse de que la parte *contraria* tendría, recurrentemente, una posición moral inferior a la de ella y de su familia. Sea que se trate de un cliente o un litigante; sea su enamorado validado por su padre, su marido sometido a la autoridad del patriarca; sean sus jefes que gozaban del favor recíproco de su progenitor e incluso sus colegas, compañeros de estudio, trabajo y amigos; ella tenía el derecho de juzgar a los demás y si encontraba el más mínimo detalle de la calidad reprochable de quienes con que interactuaba, las desenmascararía fallando moralmente como estaba acostumbrado su padre en cuestiones familiares. Es decir, todos serían la “parte contraria” no solo en estrados judiciales, para los que elaboraría documentos y fallos listos para la firma; sino que, primero, formularía opinión “en familia” de lo criticable de las personas “en contra”, descubriendo después su bajeza deleznable y, finalmente, haciéndola pública o al menos, enrostrándosela, desde su incuestionable posición moral superior.

La abogada escribía los memoriales de su padre, juez familiar, decidiendo qué resoluciones judiciales se fallarían sobre litigios familiares y cómo los justificaría. Y lo hacía asumiendo la posición repetida por su progenitor en el interior de su familia que él y su hija, otra abogada, eran absolutamente *justos* y siempre obrarían de manera impecable en su trabajo profesional, basado en la lectura en detalle que la birlocha hacía de los expedientes, estableciéndose qué fallos resolverían las querellas familiares. Es decir, su palabra era la ley, y lo era no solo porque tenía el poder estatalmente instituido, sino porque su calidad moral y la de su familia le permitían, con la ayuda y la luz de Dios, siempre fallar *justamente*.

Respecto del espectro personal, la birlocha creyó lo propio sobre el poder que le concedió su padre. Ella tendría el derecho de juzgar a la persona con quien interactúa, estableciendo, sea provisional o definitivamente, su *verdadera* calidad moral. Ponía en conocimiento de su padre, en primer lugar, como de su familia también, los defectos, los indicios de inmoralidad y, finalmente, las evidencias de venalidad moral de los demás, llegando a expresarlas de forma privada como si se tratase de una querrela civil. Naturalmente, debía mantener la hipocresía en la interacción. Es decir, mostrarse cordial, educada y hasta zalamera con alguien que convenga y que tenga poder, aunque esté segura de que se trate de una persona despreciable —una bruja, por ejemplo—. A su suegra, real y afortunadamente, solo durante tres meses legales, le llenó de elogios y zalamería, incluso con textos por escrito. Antes de casarse con su hijo, durante tiempo considerable desde que la conoció, mantuvo tal imagen; pero cuando Dios le habría mostrado, finalmente, la calidad inmoral de su hijo despreciable, su ex-marido, no solo dejó de hablarle, sino que hizo público lo que consideraba el peor indicio de una mujer ruin: “¡es una bruja!”. Se olvidó de cómo, siempre esa persona la trató, con cariño y con respecto, cómo le ofreció ayuda y le dio valiosos regalos, a ella y a su hija, a pesar de la modesta economía que tenía como profesora rentista.

Huelga decir que para la birlocha y el séquito de sus parientes más cercanos y medianamente próximos; alrededor de una docena de personas, incluidos los niños; la autocritica es algo desconocido e impracticable. Supondría socavar los cimientos de una conducta familiar que se ceba en lo morboso de las acusaciones de inmoralidad a los demás, sea quien sea. Validando las impugnaciones, es imposible que el modelo del patriarca se ponga en cuestionamiento y todo, absolutamente todo, queda siempre así, como resulte, porque la sabiduría familiar no se cansa de afirmar: “será por algo”. Si el pintor extraordinario fue capaz de decirle a una hermana de la birlocha que sea libre y que, siendo psicóloga, no se someta a la sobreprotectora autoridad del patriarca, alejándose de tal relación por no soportar al hipócrita del posible suegro; esto habría sucedido para la familia porque el susodicho

debía cuadrarse al modelo patriarcal y, no habiéndolo hecho, “será por algo” que se fue. Así, todos, incluida la enamorada, deberían esperar hasta que aparezca el pelele que satisfaga las condiciones del futuro suegro, como dónde vivirían.

La pobre birlocha creyó tener el derecho no solo de gritar a voz en cuello, sino de enviar por escrito y en su cumpleaños, una sarta de insultos inventados a quien habría hollado el sacro recuerdo de su padre intachable; es decir, hollado a quien se creía solo él con el derecho de juzgar a los demás; a quien, ella misma, habría puesto en evidencia la lenidad de su marido frente a la exhibición con connotaciones sexuales que hacía su hija con el propósito de celar a su padre; y a quien la expuso como mentirosa e hipócrita que se presentaba ante su hija como una virgen que no era antes de casarse, demandando de ella reproducir tal esquema familiar, asumido con verdades trascendentales, reforzando la falsedad de que el núcleo feliz que habían construido, bañado por la gracia y la bendición de Dios, era invulnerable a cualquier crítica o ataque. Así, los miembros de su familia inmediata o extendida estarían en un pedestal moral; ocupándolo, en primer lugar, ella, su hija, su padre, su madre, sus hermanas e incluso algún cuñado. Además, claro, acompañadas del edecán que siempre estuvo a su lado desde el tiempo de pretendiente, presto a cumplir las órdenes y deseos del patriarca.

Sumariamente, los insultos proferidos cuando la birlocha se explayó vociferándolos para que los vecinos los escuchen, fueron los siguientes, ratificados, extremados y aumentados después en el documento escrito enviado a su ex-marido:

Individuo hipócrita, desleal, perverso y malagradecido; hiriente que no cesa en usar calumnias, bajo e indolente con su hija a la que llama una “cualquiera”. Padre ausente que solo paga pensiones sin mostrar sentimientos por su hija. Caballo y cerdo, opuesto al maravilloso padrastro que ama a su hijastra. Mentiroso porque habló bien del padrastro y después lo denigra con su hija. Envidioso, frustrado y miserable derramador de bazofia sobre una familia honorable e íntegra, podredumbre que muestra su propia calidad deplorable y que nunca pudo enseñar nada valioso a su hija. Solo profiere consejos retorcidos que su hija desprecia, producto de su alcoholismo que lo ha destruido hasta el presente. Cretino deshonesto, perverso y dañino con los seres sagrados a los que debería proteger. Persona que odia a quienes detentan las cualidades y la felicidad que nunca tendrá ni merece; individuo irascible e intratable, practicante de hechicería con su madre, la bruja. Cosecha lo que sembró: apatía, resentimiento y amargura que comparte con la mujer igual a él con la que vive.

La carta de la birlocha parecería que evidencia una reacción contra lo que la débil sesera de una abogada mediocre coligió: “Lo que me contó mi hija es un ataque contra mi actual marido a quien debo defender a toda costa y la mejor manera de

hacerlo es atacando a mi ex-marido y padre de mi hija". Claro, se trata de un ataque que debe aplastar al susodicho psíquicamente, como le enseñó su padre con sus documentos viciados, para que sepa que la hermosa familia habría descubierto la bajeza e inmoralidad del padre biológico, ratificando ante la hija e hijastra, que el único padre valioso que tendría sería su padrastro.

Para el relator, siempre omnisciente, la carta es sesgada hasta lo indecible. Por ejemplo, el policía cumplió su deber de ayudar a trasladar (en el auto de su suegro) a un joven para que asistiera a su abuela. De no hacerlo, el joven hubiese caminado durante seis horas; pero habría llegado a su destino sin problema. En retribución, el policía recibió una botella fina de aceite de oliva europeo y por su diligencia fue agradecido incluso con mensajes en *WhatsApp*. La mentira de que la anciana habría muerto sin la caballerosa actitud del marido, es la manera cómo la mentalidad maniquea de la birlocha visualiza el mundo: "Nosotros somos los buenos, amados por Dios y por nosotros mismos y los *otros*, son los malvados que serán castigados tarde o temprano. De mi parte, adelanto el castigo como lo hice tantas veces para mi padre, en este caso, aplastando a mi ex-marido, como él se lo merece, por los antecedentes de lo que yo sé que es la verdad. Conozco la verdad gracias a lo que me dijo, incuestionablemente, mi hija, que ahora es otra víctima de su maldad, de su deplorable calidad humana, de su malicia y de su inmoralidad".

Claro, en la mentalidad simplista de una birlocha con un título de licenciatura que no tiene valor fuera de las fronteras del país, la muerte de su ex-suegra la habría evitado el policía por llevar a un muchacho en coche durante un recorrido de 45 minutos. En la sinapsis de sus neuronas deficientes, la muerte es vista como un castigo de Dios que solo podría haber sido evitada gracias al héroe, su marido, a quien no ve como alguien que cumplía su vocación de policía chofer. Sus palabras son tan malévolamente meditadas y las escribe después de un año de la muerte de su padre, porque el odio la encegueció. No tuvo en cuenta que su padre no quiso vacunarse contra la pandemia, alguien que recurrió al dióxido de cloro como una cura milagrosa y no se trató médicamente, evitando gastar recursos que su roñería le impedía facturar. Se olvidó que ella y sus hermanas tuvieron conocimiento que quien le vendía a su padre la cura milagrosa era la mujer de un estafador: pariente de conocidos; otra estafadora, una avezada ama de casa que se hace llamar "doctora" por haberse inscrito durante tres meses a un curso de internet. Se olvidó de que su padre ni siquiera fue velado por la pandemia y que su mundo se derrumbó como consecuencia de la forma como los fanáticos e imbéciles ven su lugar en él y visualizan a los demás solo como aliados, como enemigos o como subalternos a los que hay que someter y ordenar; mejor, si es con el discurso plástico de la moralidad incorruptible y eterna. En verdad, lo que hacía el juez que sabía que su situa-

ción fue siempre aleatoria e inverosímil para él mismo, sin que la merezca realmente, fue ocultar su lascivia y su deseo insano de apercollar y ejercer poder.

Otra evidencia de la manera infantil de ver el mundo, propia de una birlocha de limitada sesera, es la acusación de alcoholismo a su ex-marido y que, por dicho vicio, habría querido inducir a su hija a beber alcohol. Solo la visión unilateral de una hipócrita focaliza el mal en el alcohol como algo *en-sí*. No es posible que entienda que es aconsejable en hogares transparentes, que los padres no les mientan a los hijos, presentándose ellos mismos como si fuesen abstemios de toda la vida. No comprende que el riesgo es muy grande cuando una adolescente bebe alcohol por primera vez, en algún lugar donde es posible que le suceda cualquier abuso. No le cuaja que un padre le diga a su hija que beba algo, con la seguridad de una reacción adversa; con él, con su abuela y con su madrastra, protegiéndola, para que genere por experiencia propia, rechazo al alcohol y no lo ingiera después, públicamente o a escondidas. ¡No!, para la hipocresía y estulticia de la birlocha venida a profesional, ante todo hay que establecer reglas grabadas en piedra y mientras su hija las cumpla, mejor; aunque sea solo en apariencia. Es imposible que suponga que alguna vez su hija se rebele, sencillamente, porque ella y sus hermanas no se rebelaron contra la hipocresía y las mentiras de su padre. Desconocieron siempre lo que es ser libre y lo que debería precautelarse de tal condición en su propia hija.

Otro sesgo se rebela en la hipocresía de la imbecil en su acusación sesgada de brujería, no expresada solo en contra de su ex-suegra, sino también contra su ex-marido. Esta es otra prueba de que ante las críticas a cómo educa a su hija, reacciona atacando hasta pretender destruir a su ex-marido. Que los hijos sean “sagrados”, su micro-céfalo no logra entender rectamente, respecto de que esto no justifica sus mentiras, respecto de que no implica creerles incondicionalmente y que las reacciones de su hija de pretender dar celos a su padre biológico no deben expresarse físicamente con su padrastro. Tampoco colige que la verdad, en definitiva, es más poderosa que cualquier racimo de insultos escritos con el hígado.

La birlocha solo se calló cuando su ex-marido le enfocó con el celular, no para verse en la cámara como en un espejo como ella le había pedido, sino para filmarla. Ella preguntó qué estaba haciendo y él le respondió: “Te estoy grabando, para que queden, posteriormente, pruebas de tu actuación aquí y ahora”. Se trataba de pruebas de su proceder como birlocha o *abo-gánster* que quiere destruir al contrincante psíquica y moralmente. Y lo hacía en un lugar público donde podían escucharle los vecinos. Solo ante tal advertencia, la birlocha aminoró su agresión y después de unos segundos, se fue, no sin antes repetir algunos de sus insultos favoritos. Lamentablemente, dada su falta de experticia en el manejo del celular y en el contexto de extrema tensión generada por la birlocha, su ex-marido no filmó ni un

segundo de su actuación; aunque esta le sirvió para que develara la calidad de persona y de profesional con quien se había casado hacía 18 años y que, felizmente, solo tuvo que soportarla en una convivencia insufrible durante tres meses, hasta que ella cumpliera los instructivos de su padre y abandonara el hogar, también con la acusación falsa de que debía hacerlo porque su marido, aparte de ser un insubordinado a su suegro, era también una persona “violenta”.

El ex-marido, después de recibir la carta en su cumpleaños, consultó a su abogado para iniciar un proceso penal. Le informó de los insultos en el pasillo de su departamento para que oyeran los vecinos y antes, le envió el documento escrito de diez páginas para que lo leyera. El abogado fue enfático: este caso, es distinto al que tuvimos en noviembre de 2019, no es una difamación pública. Es una carta privada que no puede emplearse como prueba de calumnias, ha sido enviada por un canal privado y no hay materia para un juicio penal, ni siquiera civil. Por lo demás, no existiendo la grabación de lo que vociferó la birlocha en un lugar público, se trataría de la palabra de una persona contra la palabra de otra, o de otras dos.

Para ilustrar al lector, en noviembre de 2019 y durante unos meses, hubo un proceso penal de difamación que el ex-marido de la birlocha protagonizó en contra de un colega de la universidad donde trabaja. El colega le insultó diciendo que el docente en cuestión habría sido cómplice de los crímenes que habría cometido quien fuera en ese momento, presidenta del país. Todo fue porque el colega agredido puso unos memes en un grupo de *WhatsApp* compartido, celebrando la huida del ex-presidente que había cometido fraude en octubre de ese año. El susodicho contrató a dos abogados y después de las preliminares del juicio, lo ganó. El agresor demandado había puesto insultos y la acusación de complicidad con los supuestos crímenes que la presidenta habría cometido y que nunca se probaron como tales, en el mismo grupo de *WhatsApp*. El agresor tuvo que disculparse por escrito en el mismo grupo argumentando que fue un momento de confusión y suma tensión, envió una carta de disculpas a su colega agredido y su abogado reconoció la justicia de las sanciones económicas que el agresor tuvo que pagar, tanto a los abogados del agredido y a su abogado, como al sistema por los gastos judiciales.

El ex-marido hubiese iniciado un juicio penal contra la birlocha; pero, que no haya podido grabarla vociferando en un lugar público, desestimó cualquier posible éxito en los estrados judiciales; además, es sabido en el sistema corrupto del país en cuestión, que los parientes de abogados, incluso muertos, gozan siempre de la ventaja para ganar cualquier querrela penal. En suma, el ex-marido desestimó cualquier acción criminal ante la justicia, suponiendo que la educación falsa, mendaz, hipócrita y mentirosa continuaría en el futuro.

Finalmente, para ilustrar al lector, cabe señalar algunas evidencias de la birlocha. Nunca compitió para lograr alguna posición de trabajo en una institución pública o privada; siempre las obtuvo por tráfico de influencias bajo cuerda. En general, duraba muy poco en sus funciones, siempre subalternas, echando la culpa de su desazón al jefe inmediato, inventando o exagerando lo que para ella era censurable, la impertinencia de su cargo de autoridad o la evaluación que, como jefe, hiciera su trabajo que no debía mostrar su deplorable idoneidad profesional. Siempre decía que su alejamiento, renunciando, “será por algo”, justificando ante sí misma la baja calidad moral de su jefe. Así, después de pocas semanas de trabajo que le caía del cielo, volvía a ser la mantenida de sus padres. Solo tuvo un empleo que le duró varios años, su jefe inmediato fue un pretendiente de juventud que toleró sus errores y no explicitó su evaluación, entre otras razones, porque el cargo y la institución eran *políticos* con un presupuesto inmenso, para *recuperar* el mar de un país mediterráneo. No hubo evaluaciones porque la entidad solo despilfarró sus ingentes recursos, no solo con salarios astronómicos, sino con viajes al exterior y gastos dispendiosos. Los resultados no solo fueron el *cero absoluto*, sino negativos.

CAPÍTULO 3. LA MADRE

Las alucinaciones y mentiras de la birlocha no cesaron, hubo referencias a la madre de los hijastros después de que se casara con quien se divorció después. Delante de su segundo marido, padrastro de su hija, dijo que la occisa, víctima del cáncer, le había expresado en la vigilia, entre el sueño y las revelaciones profundas de quienes tienen una conciencia leve, que cuidara a sus hijos como si fuese una madre. Al respecto, para ilustración del lector, toda vez que esta narración expresa la suerte de una chica llamada Lucky, cabe contar lo siguiente.

Lucky quedó huérfana a los diez años, su madre murió de cáncer de páncreas después de dos años de padecimiento. Al principio, nadie creía que estaba enferma, salvo por la peluca y las gafas que usaba para esconder la pérdida de cabello y vello, su ánimo y su fisonomía eran deslumbrantes. Disfrutaba de lo que sabía eran sus últimos años de vida; al lado de sus hijos: la niña que desde los ocho años estuvo solo con ella acompañándole y el niño que, en especial, después de dos años de su nacimiento, le alegraba la vida y al que amaba entrañablemente.

Los últimos momentos de su vida, los últimos tres días, fueron de gran dolor, teniendo los parientes que lidiar con el médico que se negaba sistemáticamente a administrarle morfina. Murió en brazos de su marido, el viernes 5 de mayo del año 2000, como si quisiese facilitar las ocupaciones del velorio y el entierro durante el fin de semana. Y es que la madre nunca demandó ocupación ni atención que mo-

leste a alguien. Mantuvo un gran espíritu y una presencia de ánimo encomiable, a pesar de la adversidad y la situación familiar de gran dolor.

Ella y su marido contaban cerca de nueve años de matrimonio cuando la biopsia, hecha en el país y fuera de él, en la clínica de un pariente radicado en el exterior, estableció y ratificó que se trataba de un adenocarcinoma de origen desconocido. Se diagnosticó que era metastásico y que la expectativa de vida de la paciente sería de seis meses, siendo el páncreas el órgano principal que sufriría el ataque cancerígeno. La vida de la madre se extendió por más de dos años, coincidiendo con hechos que la afectaron y que crearon un cuadro de penuria. En algunas ocasiones, ella había expresado a su marido que lo que más temía era morir con dolor, situación que se produjo durante los últimos días de vida, recibiendo al final, el amor de su cónyuge y la compañía y las oraciones de su madre y sus tías que rezaban en voz alta tomadas de las manos en una ronda alrededor de su cama.

Antes de que el cáncer se descubriera con la biopsia de dos quistes esféricos, uno en la ingle y el otro en la axila, el matrimonio de la madre se deterioró. Su marido se enamoró de *otra* con quien tuvo un romance. El marido comenzó a llegar por la madrugada a su hogar, lo que despertó las sospechas de infidelidad de la madre. Después de dos semanas, le confrontó y le preguntó si existía *otra* en su vida. Él lo asintió, por lo que resolvieron divorciarse. Él se iría de casa e iniciaría los trámites de divorcio. Ella se quedaría en el departamento donde vivían junto a sus dos hijos, recibiendo asistencia familiar suficiente. Así fue, el marido inició el trámite de divorcio pagando la mitad del proceso a un abogado que parecía expedito en tales procesos. Se fue a vivir con su amante, aunque buscó inmediatamente un lugar donde vivir solo, con la posibilidad de mostrar su nuevo *garzonier* a su hija que, eventualmente, podía quedarse a dormir en su casa.

Confirmar el cáncer y corroborarlo, creó incertidumbre y pena. Hubo reacciones de incredulidad por la desgracia, otras fueron de búsqueda de optimismo afirmando que la radioterapia primero y después la quimioterapia, lo detendrían y que contener el cáncer era curarlo. Finalmente, el llanto de los parientes era evidente y con más o menos esperanza se comenzó el tratamiento estándar que un especialista endocrinólogo con prestigio, le otorgaba en una institución hospitalaria del seguro social. Esta facilidad existía gracias a dos décadas de desempeño profesional del marido en la principal universidad pública del país, como docente e investigador e incluso antes, como funcionario administrativo.

El divorcio se detuvo, el abogado que hizo muy poco, se benefició del pago adelantado y dejó sin efecto el proceso. El marido le preguntó a la madre si aceptaba que volviesen a vivir juntos, los cónyuges con sus dos hijos, asumiendo la hipótesis de

que él dejaría a su amante, habida cuenta de que la amante aceptó tal situación. La respuesta, como en otras ocasiones, deslumbró al marido. La madre le dijo que no quería que, por lástima, viviera con ella y con sus hijos; que celebraba tanto que no se divorcien como que el marido haya conseguido un lugar para vivir solo, adonde acudiría su hija ocasionalmente y, que ella, al lado de sus hijos, enfrentaría la enfermedad, aquilatando cada instante de vida, sin ficticias apariencias. Él se habría enamorado de *otra*, pero la madre valoraba los nueve años de una vida hermosa, con dos hijos maravillosos y que esperaba apreciarlos auténticamente, junto a sus parientes que le daban pleno apoyo y lo harían hasta el final.

Así, la madre y sus dos hijos se trasladaron a un departamento pequeño, céntrico en un edificio modesto de la ciudad más importante del país, cerca de la casa de sus padres. El apoyo de una empleada doméstica fue importante para que las ocupaciones cotidianas se realicen apropiadamente y a tiempo. El alquiler, el sueldo de la empleada y el mantenimiento del hogar, además de la madre y de los hijos fue solventado con soltura por el marido. Gastos adicionales de atención médica, por ejemplo, una tomografía, fueron pagados por el marido que, viviendo solo, mantuvo relación con su amante. A su departamento acudió algunas veces su hija, con quien compartió bonitos momentos pese a los perros que la asustaban. También en alguna ocasión durmió al lado de su esposa en el hospital, acompañándola, cuando le aplicaban el tratamiento químico contra el cáncer. Esa labor la realizaban los parientes cercanos de la madre con amor.

Las ocupaciones del marido eran exitosas. Fue director de una entidad de investigación donde también trabajaba su amante; pero, felizmente, cuando le visitaba su esposa, nunca se cruzaron. Su esposa solo sabía de la amante que estudió la misma profesión de su marido en Berlín, que hablaba alemán y francés perfectamente y que su familia tenía muchos recursos, con un padre conocido por su trayectoria política de izquierda y por su profesión de psiquiatra.

La madre nunca expresó angustia, frustración ni desasosiego frente a su marido; aunque es comprensible que los haya sentido durante los dos años pactados como infidelidad consentida. La situación fue difícil. Obviamente, el marido nunca habló de la amante. Lo que se enteró la madre fue a través de su hermano, estudiante del mismo gremio que el de su marido y de la amante; aunque sin mayores detalles. A veces se dio algún descuido en la atención a los hijos, por ejemplo, una vez, la hija, a los ocho años de edad, volvió sola al departamento céntrico, atravesando diez cuadras de gentío y tráfico en una hora pico. Nadie podía creer que, al no ser recogida de la escuela, decidiera marcharse, sin que alguien le indicara la ruta ni le autorizara a regresar sola con uniforme y mochila escolar.

La atención médica que recibió la madre, en general, fue aceptable; generando esperanza y optimismo entre algunos parientes, aunque tal situación no fue común. Algunos, como el marido, pensaban que, a pesar de aplicarse la radiación y los químicos, no garantizaban nada y que había que prepararse para lo peor. Lo peor en el periodo de tratamiento que, al parecer, prolongó la vida de la paciente; fue que una enfermera imbécil le infiltró los químicos de la terapia. Ante el peligro de amputación del brazo, hubo necesidad de hacer un trasplante con tejido del glúteo.

El marido se ausentó durante medio año a Estados Unidos. Un programa interinstitucional con una prestigiosa universidad de ese país, le permitió realizar una investigación para su tesis de maestría e impartir clases de español a estudiantes de pregrado. Sus prejuicios ideológicos fueron disipados gracias a la experiencia de vida que le mostró los valores del pueblo estadounidense en un ambiente académico que le permitió mejorar su competencia comunicativa, conocer un entorno internacional de trabajo con personas de distintas nacionalidades y procedencia y tejer relaciones que no acabarían cuando él abandonase el país.

Concluido su contrato por solo cuatro meses, después de conocer varias ciudades de la costa este de Estados Unidos, incluida Nueva York, donde estuvo en *Times Square* en la celebración del milenio, durante pocos días, coincidiendo con el cumpleaños de su hija, se encontró con ella en Miami para visitar *Disney World*. Les acompañó la *roommate* del padre con quien durante más de cinco meses había tejido una relación afectuosa que duraría varios años, incluso con la visita de ella al país del susodicho algunos años después. El padre sabía que, además de la increíble diversión y enseñanzas que ofrece *Disney World*, su hija tendría una experiencia única que la predispondría en el futuro a tener una actitud abierta ante el mundo, a que se preparase a ser cosmopolita y a que valore culturas diferentes a las que, desgraciadamente para muchos niños y jóvenes, son las únicas que conocen en un pobre país subdesarrollado y mediterráneo. Tenía razón, Lucky, menos de un cuarto de siglo después, se consumó como profesional y académica graduada en Alemania con reconocimiento y experiencia al más alto nivel.

Para la madre fue una realización y felicidad conducir a su hija a una ciudad capital del país, desde donde la embarcó en el avión con destino a Miami. Si bien ella conocía Estados Unidos y en Saint Louis había vivido con algunos parientes, el tiempo suficiente para mejorar su proficiencia comunicativa, que su hija conociera *Disney World* era el sueño que nadie de su familia lo realizó. Durante el tiempo de trabajo de su marido en la universidad estadounidense, tuvo ocasional comunicación con él, particularmente por *e-mail* y por teléfono, consciente de que su marido no solo alcanzaba un importante logro profesional, sino que estaba alejado de su amante y que le ofrecería a su hija una experiencia inolvidable.

La amante ayudó a que el viaje del marido se realizara. Le prestó dinero para que comprara el pasaje aéreo y para que el amante entregara a su familia, la manutención adelantada por seis meses. Con las previsiones respectivas, el dinero del préstamo fue cobrado por ella misma mensualmente, del sueldo local de su amante. Gracias a su sueldo en la ciudad de destino, el marido solventó sus gastos, viviendo en la ciudad de la célebre universidad estadounidense, viajando por la costa este y por otras ciudades, pagando además el viaje de su hija. La solvencia le permitió ahorrar dinero y recuperó parte de sus impuestos un año después, disponiendo de recursos para enfrentar los gastos de su esposa.

Durante el segundo mes de estadía en Estados Unidos, el marido se enteró de que su amante estaba embarazada y de que ella decidió ser madre. La apoyó gracias a la comunicación que no era tan fluida como fue después gracias a las tecnologías recientes. El embarazo de la amante fue de julio de 1999 a abril del año 2000, naciendo la hija el viernes 21 de abril. El amante viajó ocho meses antes y regresó al país con su hija que cumplió diez años, a fines de enero del primer año del nuevo milenio. Justamente dos semanas después del nacimiento de la hija de la amante, la esposa del marido murió. La esposa, la hija, la mujer y la madre fue un ser extraordinario que vivió 40 años y que aparte del tiempo gratificante que tuvo con su marido en siete locaciones diferentes, aparte del departamento céntrico donde vivió con sus dos hijos solamente, tuvo alrededor de dos años plenos de amor, cuidado y atención de sus padres y parientes cercanos y de sus amigas y amigos.

En la época de crisis económica y de hiperinflación del país, los tempranos años ochenta hasta mediados de la década, estudió Psicología en una universidad privada. Sin embargo, tuvo que abandonar los estudios debido a que la situación general del país impedía que un hogar con ingresos relativamente escasos, solventara los gastos de tres hijos, por lo que ella empezó a trabajar; en tanto que sus dos hermanos menores continuarían sus estudios. Fue una frustración que comentó a su marido en alguna ocasión y aunque en su trabajo aprendió habilidades de computación, lo que le fue siempre muy útil, ella hubiese querido obtener un título universitario en la disciplina que le gustaba. Para colmo, después de más tres lustros de estudios, la madre murió sin ver que ninguno de sus hermanos haya alcanzado título de licenciatura alguno, privilegiando sus padres el estudio de los hijos varones en detrimento de la hija mujer que, además, contribuyó económicamente al hogar de cinco personas, solventando los gastos familiares, de modo que, aun parcialmente, mantuvo a los hermanos menores.

La madre tenía un espíritu increíble. Solo su familia cercana sabía de la enfermedad y por largo tiempo durante los dos años de padecimiento, muchas personas ni sospechaban del mal que le costaría la vida. Hubo periodos de afectación por el

tratamiento, resultándole muy desagradable la pérdida de cabello y vello de todo el cuerpo, incluidas las cejas y las pestañas. Pero, aun así, mostraba una entereza y ánimo encomiables. Seguramente tuvo momentos de decepción y llanto y, por lo que el marido se enteró después por ella misma, tuvo un romance.

Para el marido, enterarse por boca de su esposa con quien habían acordado no divorciarse, que ella tuvo un romance en un momento de padecimiento del cáncer, fue un alivio. Pesaba íntimamente en su conciencia que, pese a haberse enamorado de otra mujer antes de la biopsia de su esposa y pese a haberle propuesto a su cónyuge que la separación dada, terminara, volviendo a vivir junto con sus hijos, y ella no aceptó; fue doloroso que su esposa sepa que mantenía una relación amorosa con *otra*, aunque el marido tenga un *garzonier* diminuto donde vivía solo.

La madre, en la institución donde aprendió habilidades de computación inéditas en los años ochenta, forjó amistad con tres amigas que se desempeñaban con ella. Después de tres lustros, las amigas se casaron y algunas alcanzaron situaciones muy expectables, desempeñando las profesiones que estudiaron o lo que aprendieron en la práctica. Una de ellas, le prestó a la madre, su computadora a fines de la década de los ochenta, para que tecleó en *Word Perfect*, la tesis de licenciatura de quien sería su marido, tres meses después de conocerse. La atracción fue rápida y las relaciones sexuales intensas, además de los momentos que compartían en una casa ajena, transcribiendo y corrigiendo la tesis en pantalla. La madre se embarazó, se casó con el tesista y siete meses después nació la hija de ambos. A fines de 1990, contando casi un año y medio de matrimonio, la tesis de cerca de 400 páginas fue presentada en su versión final, siendo dedicada a la esposa del tesista, a la hija, a la madre y a la prima. En febrero de 1991, fue defendida y aprobada con una calificación nada relevante con lo que el marido fue empleado en los siguientes años, en cuatro unidades de la universidad más importante del país, con contratos que fructificaron con categorías de docente e investigador titular.

Otra amiga de la madre de los años ochenta, la menos apreciada, se casó con un empresario y el matrimonio se dedicó a la producción de especias que se vendían en los supermercados. No incluía la producción agrícola, sino la intermediación, incrementando el valor agregado de productos adquiridos a los que su fábrica envasaba y certificaba la calidad y vencimiento de varias especias. Esas actividades ponían en contacto al matrimonio con muchas personas, de manera que no fue difícil para el matrimonio, presentar a la madre un buen prospecto para el romance. Así lo hicieron, y la madre aceptó y tuvo el romance que, sin embargo, no duró.

En los noventa, las cuatro amigas y sus maridos se reunían ocasionalmente para jugar cartas toda la noche hasta el amanecer. Lo hacían en casas muy lindas y

grandes que mostraban los logros de cada amiga y su marido. Incluso, contando Lucky casi cinco años, fue llevada por sus padres a una ciudad intermedia del bosque húmedo cercano a la ciudad, donde hubo una veintena de personas que esperaron el año nuevo en una casa antigua de la plaza principal, propiedad de una amiga y su marido. Fueron las cuatro parejas y los hijos de cada matrimonio, dándose recuerdos hermosos. El marido de la madre fue apreciado por las tres parejas que se admiraban cómo contribuyó con la preparación de una salsa picante que empleaba para sazonar toda comida en cantidad considerable.

Que, de pronto, la madre ya no asistiera a las reuniones de juego acompañada de su marido y que hablara con sus amigas comentándoles que él y ella se separaron porque él tenía una amante; que esto sucediera entre lágrimas, seguramente generó el deseo de ayudar a la madre; más, sabiendo después que le habían diagnosticado cáncer. Así se produjo el romance de la madre con una persona que, al parecer, por lo que contó la madre a su marido, apareció en su vida de manera tan subrepticia como desapareció, sin dejar la menor huella.

El marido sintió alivio al saber que, como él, su esposa tenía un romance. Cuando la esposa le contaba lo sucedido, pensó que estaría mejor con alguien que podía darle la certeza de que era una mujer muy atractiva, pese a la enfermedad, y que él la valoraría como ser humano. Nunca pensó que sería un nuevo marido ni mucho menos; pero incluso las vagas expectativas pronto se disiparon. Su esposa le dijo que, pese a la gratificación física del romance, no le satisfizo lo que hizo y decidió cortar cualquier relación amorosa con el fulano y con cualquier otro. El tiempo que le restaba de vida no quería emplearlo comenzando una relación incierta que, seguramente, no le brindaría ningún beneficio, salvo el sexo sin amor.

Otra vez el marido quedó estupefacto por la integridad moral de su mujer y más, por su sinceridad. Ella no tenía ningún motivo para contarle su aventura ni de descubrir a su amiga y su marido como los propiciadores; personas de las que, después de casi un cuarto de siglo, el marido no tuvo noticia alguna. Pero la esposa era así, absolutamente transparente y sincera, sin que esas cualidades le impidieran cultivar la mesura, la prudencia, el respeto y la consideración de los demás. Tal vez, le contó a su marido para aliviar el peso de su culpa por mantener un romance con su amante mientras la esposa esperaba la muerte inevitable por una enfermedad terminal que se agazapaba por el momento hasta dar el zarpazo final.

La hija de la amante y el marido nació exactamente, dos semanas antes de la muerte de la madre, el día viernes. La madre nunca se enteró de su existencia, como tampoco nadie de su familia. Lo hicieron meses después del nacimiento porque el hermano de la madre supo de la hija en el entorno institucional donde estudiaba y

donde trabajaban su ex-cuñado como docente y la *otra*. Felizmente, no aumentó el dolor que la relación del marido con la amante ocasionó a la madre y que, probablemente, la madre quiso también *entender* con un *affaire* de ella misma. Lo cierto es que las situaciones eran incomparables. Su marido se enamoró durante años de una mujer con la que compartió estudios de postgrado varios años y con quien fueron dirigentes de los estudiantes enfrentando la política corporativa de quienes administraban los programas en la entidad más antigua de postgrado del país. Compartieron mucho, incluso, clases con los mismos docentes, reuniones de dirigentes estudiantiles, una huelga de hambre, la elaboración de reglamentos y la organización de actividades diversas. Lo suyo, en medio de la pasión y la culpa, no fue un *affaire* ocasional que, en el caso de la madre, duró apenas una noche.

De los nueve meses de embarazo de la amante, sin contar el primero que es inadvertido, casi seis meses, el padre, marido de la madre, estuvo en Estados Unidos. Incluso si alguien veía a la amante embarazada, difícilmente deduciría quien podría ser el padre, por lo que el nacimiento de la hija en abril de 2000 fue desconocido, en general. Además, si alguien sospechara la paternidad, hubiese sido una callada contársela a la madre enferma.

Más de dos meses el marido tuvo que lidiar con la atención escindida a la amante en las nueve semanas últimas de embarazo y con el cuidado a su esposa durante once semanas. Curiosamente, fue más difícil lo primero que lo segundo. El carácter de la amante es muy especial. Procuró el mayor tiempo de licencia, se obstinó que la atendiera una clínica certificada por Alemania con médicos con igual condición y no el seguro social universitario del que también disponía; se inscribió en varios programas pre-natales incluido uno que exigía la participación activa de la pareja, incluso con la simulación de que el padre estuviese pariendo.

La respuesta del padre fue mínima. No contradijo en nada a su amante para que pariera donde ella quisiese atendida por quien creyera conveniente. Al final, el súper médico de la súper clínica, abandonó a su paciente que tuvo que buscar el apoyo de un pariente para que la asistiera en el parto. Su amante se negó a participar en cualquier programa pre-natal, y más aún en el que demandaba la simulación histriónica de que él daba a luz. Lo reemplazó la madre de la amante que, al parecer, junto a su marido, el padre de la amante, tenían mucha expectativa por el nacimiento de su nieta. Después de una semana de que la madre murió, contando la hija de la amante, apenas tres semanas de vida, el susodicho comenzó a vivir con sus dos hijos y su madre que le asistía. La relación con la amante y su propia hija no se restableció como pareja, mucho menos como familia, indefinidamente.

El dolor de los padres de la madre los últimos días de su agonía fue terrible. La abuela vivió solo cinco años más y falleció; poco tiempo después, el viudo se relacionó con la mujer de su hermano que también quedó viuda. Nunca se casaron los ex-cuñados para que el viudo no perdiera el derecho-habiente de su mujer fallecida. El nivel intelectual de los abuelos de Lucky era paupérrimo. La señora trabajó décadas como funcionaria de atención al público en el correo; el señor fue dibujante que, teniendo gran calidad técnica, no podía vender directamente los espléndidos planos que diseñaba manualmente, salvo a algún arquitecto que lo explotaba. La señora no tenía reparos en llevarse a casa correspondencia del exterior cuyos destinatarios no la reclamaban durante meses y su marido, si podía, se quedaba con el material de diseño arquitectónico que llegaba a sus manos.

La relación con su yerno nunca fue buena. Existía una situación de mutua aceptación en aras de coadyuvar, en conjunto, al bienestar de la madre. Pero, cuando se enteraron de que su hija y el marido se separaron, la mala voluntad hacia el yerno se convirtió en odio. Tal sentimiento se acrecentó más al descubrir que su hija tenía cáncer y el marido continuaba con la amante. Probablemente, ellos hubiesen estado de acuerdo en que su hija aceptase la propuesta de que, al menos el tiempo de convalecencia de una enfermedad terminal, viva con su marido y sus dos hijos, habida cuenta de que el yerno suspendería al menos la relación con su amante. Que hayan sabido o no que hubo tal propuesta, es algo que el presente narrador desconoce; aunque es probable que no lo supiesen.

El hermano menor de la madre, un arquitecto que nunca se recibió como tal, pese a su experticia en el diseño y en la construcción; tuvo protagonismo después de la muerte de su hermana. Le propuso al viudo hacerse cargo como tutor de los dos hijos del viudo, sus sobrinos, toda vez que les ofrecería un hogar con padre y madre, al parecer, muy religioso y moral dada su confesión de pertenecer a la Iglesia de los Santos de los Últimos Días. La respuesta del viudo incluso en el contexto del entierro de su esposa fue enfática: “Eso nunca sucederá”. Sus razones eran claras: i), amaba a sus hijos y él sería padre y madre para ellos con el apoyo de su madre y su empleada doméstica. ii), era consciente de que su esposa fallecida creía que la nueva religión de su hermano, su esposa y sus tres hijos, respondía a intereses económicos —el hermano diseñó varios templos mormones- inducidos por su suegra. iii), pretendía que sus hijos recibieran la educación jesuita que tuvieron él, su padre, además de los dos tíos, el propio semi-arquitecto y el abuelo. Y, iv), conociendo al semi-arquitecto, estaba seguro de que lo que quería era, ante todo, no ampliar su familia mormona con los beneficios colaterales de la institución, sino hacerse dueño del departamento del que sus sobrinos eran, en parte, legítimos herederos.

Antes de la muerte de su hermana, el semi-arquitecto indujo a sus padres a hacer varios cambios dada la situación de la enfermedad. Terminado el contrato semestral del departamento del edificio céntrico, la madre y sus dos hijos volvieron a vivir en su propio departamento alejado de la ciudad. El semi-arquitecto convenció a sus padres de que compraran el departamento exactamente igual del piso de abajo en el mismo edificio. Así, sus padres, sin ningún trabajo activo, salvo el de su padre de dibujante técnico ocasional, podrían atender de cerca a su hermana, víctima de la enfermedad. Los padres de la madre así lo hicieron, pero, para tal propósito, fue indispensable vender la casa de tres plantas que construyeron en un diminuto terreno desde hacía más de tres décadas. Tal casa tenía solo dos plantas, la tercera fue construida por el marido de su hija, donde vivieron él, su esposa y su hija, aunque solo por tres meses. Su valor se acrecentó con la planta de arriba que incluía dos ambientes, un pasillo y un baño. Durante largo tiempo, los suegros devolvieron en cuotas mensuales el gasto de su yerno en la construcción con muy buenos materiales y que fue supervisada por el semi-arquitecto.

El semi-arquitecto consumó su plan exitosamente. Al parecer, generó deudas de sus padres con él, pero, ante todo, consciente de que ninguno de sus hermanos reclamaría, retuvo para sí el 60% del dinero procedente de la casa de sus padres. El resto sirvió para comprar el departamento en el mismo edificio donde vivían su hermana y sus sobrinos. Al parecer, dicho porcentaje servía para pagar la deuda de sus padres y para ayudarlo en la realización de sus “negocios” inmobiliarios que siempre presentó como gangas extraordinarias para quienes tengan la confianza de embarcarse en sus proyectos. Cuando sus padres vivían en el edificio, se advirtió la persecución del semi-arquitecto de parte de la justicia como estafador.

A la muerte de la hermana, el semi-arquitecto se ingenió para apoderarse también del departamento del edificio de marras; lo logró exitosamente. En suma, de la venta de la casa de tres plantas de sus padres, se hizo de la totalidad de los recursos financieros. Como parte de sus rocambolescas jugadas después de más de un cuarto de siglo, reconoció a sus sobrinos, hijos de la occisa, apenas el 15% de lo que debía ser el 33% de la herencia de sus abuelos; según voluntad de ellos, aunque solo declarativa. Y lo hizo sin reconocer la indexación por el tiempo transcurrido que disminuyó el 15% al 8%. En suma, estafó a sus sobrinos herederos, a quienes habría declarado como los *beneficiarios de su tutela* ante la indolencia de su padre, la friolera suma de casi 19 mil dólares americanos, pudiendo argumentar, además, que les resarcía la herencia de su madre.

Los padres de la madre occisa sufrieron largo tiempo la muerte de su hija. Durante dos años vistieron luto estricto. Adonde fueran, iban juntos sin prenda alguna que no fuera negra. El dolor y el odio les consumió, especialmente a la madre hasta su

muerte acontecida cinco años después del fallecimiento de su hija; pero las acciones del abuelo no fueron menos criticables, siendo relativamente comprensibles.

No se puede esperar que dos personas cercanas a los setenta años de edad, que perdieron a su hija y que vieron a su yerno separarse de su esposa, la hija de ellos; dos personas que se enteraron que su yerno viudo tuvo una hija con su amante; a pesar de lo que haya hecho cuidando a su esposa durante la enfermedad; creyesen que el viudo pueda tener una situación indemne por la muerte de su esposa. Y si bien no cabría la posibilidad de acusarlo, lo odiaban tanto que su venganza se consumaría indefectiblemente. Se vengaron del yerno con la difamación, el descrédito y con horadar el alma de sus hijos en su contra, de la hija mayor que a la muerte de su abuela contaba quince años, y no tanto del hijo menor, que solo tenía nueve.

Con luto estricto fueron a visitar a los jefes del colegio donde su ex-yerno trabajaba. Lo denunciaron como padre de una hija bastarda, como infame persona que tuvo una amante y una hija cuando su esposa padecía cáncer y murió, como alguien despreciable con excesos sexuales y como quien no merecía la confianza que un cura y una persona de alto perfil, ambos jefes del susodicho, le habrían otorgado. Pidieron, infructuosamente, que su ex-yerno fuese despedido de su trabajo sin medir las consecuencias que sus hijos debían soportar. Transcurrió poco tiempo para que, tanto el cura como el director del colegio comunicaran directa e indirectamente al susodicho, la visita de los ex-suegros con intenciones claras. Naturalmente, no despidieron al susodicho.

El odio de los padres de la occisa fue inmenso contra su ex-yerno. El ex-suegro incluso lo difamó con la tendera de la esquina del lugar donde vivían todos, el edificio modesto. Ella le dijo a la madre del susodicho que también vivía en el mismo departamento, con su hijo y sus dos nietos, cómo denigraba el anciano a su ex-yerno acusándolo de una conducta sexual anormal. Lo propio hizo el anciano, toda vez que pudo, con los vecinos del edificio donde cumplía la labor de administrador. Pero la peor conducta del matrimonio doliente fue con sus nietos, especialmente con la hija que tuvo de diez a quince años siendo el blanco de la manipulación y desprestigio de su padre, como objeto de ataque constante.

Y que denigraran a su ex-yerno no fue todo; los padres de la occisa atacaron también a la madre de a quien odiaban profundamente. Cualquier situación fue empleada para urdir acusaciones terribles, su madre fue acusada de bruja porque, como es común en amplios sectores del populacho, creía en que ciertos días debía quemar ofrendas a la madre tierra. La madre del susodicho también creía en la lectura de cartas como el tarot para adivinar el futuro y en otros tópicos como el espiritismo y la protección sobrenatural. Dada su ignorancia y con maldad, los ancia-

nos de luto, acusaron a la abuela de los niños de practicar la magia negra, siendo constante la malhadada repetición o insinuación, cada vez que podían, particularmente a la hija, de que su padre era un depravado sexual de lascivia incontenible y un desgraciado que no le dio a su esposa el trato que ella merecía, ocasionándole dolor y la muerte. Que la niña generara odio a su medio-hermana, diez años menor que ella, odio que se extendía también a la madre de ella, que fuera amante de su padre, era un efecto deseado por los abuelos que, se realizó invariablemente.

Desde que vendieron su casa de tres plantas, los ancianos de luto e incluso antes de vestirse así, detuvieron sus festejos familiares frecuentes que fueron parte de una agenda que se cumplía rigurosamente. Alrededor de treinta personas o una veintena, al menos, todos, parientes consanguíneos o políticos, se reunían casi siempre en su casa o en las casas aledañas de sus parientes cercanos, para festejar cumpleaños, aniversarios, feriados y fiestas locales y nacionales. Hubo excesos, duraban toda la noche hasta el amanecer, con consumo de alcohol sin medida y otras sustancias; siendo infaltable el baile y la diversión sin límite. Posiblemente, tanto extrañaban tales festejos, que cuando su ex-yerno se casó con una abogada que resultó ser una birlocha, los abuelos poco tiempo antes de que la abuela muriera, se divertieron sin medida en la fiesta de matrimonio a la que les invitaron los novios, a pesar de que el novio conocía cómo le denigraban. El odio prevaleció incluso cuando, viviendo la nueva pareja en el mismo edificio, con el hijo menor que contaba nueve años, los ancianos desacreditaron al reciente marido de la birlocha, diciéndole a ella que la suegra, la madre del susodicho, era una bruja practicante de magia negra; viendo, además, a la hija que nació el año 2000, como una vergüenza.

Con su esposa muerta y su hija de dos semanas, el susodicho enfrentó tres días de velorio. Durmió dos noches solo en el departamento donde vivieron, con el cadáver velándose. Al pequeño lugar, acudieron cientos de personas, llenaron la cuadra dos filas de automóviles y en el cementerio el sentido pésame duró varios minutos. Los parientes de la occisa acudieron al cementerio en varios automóviles y el viudo en la carroza fúnebre. Terminada la ceremonia y después de haberse dado varios responsos, incluso en la clínica donde falleció y en el lugar donde fue enterrada, la tumba comprada por el semi-arquitecto, el viudo se halló solo en el cementerio.

Ningún pariente político que instantáneamente dejó de serlo hacía solo tres días, le invitó a llevarle. Parecía que todos le despreciaban por acción de sus ex-suegros. Un amigo de adolescencia, del mismo curso del viudo y del hermano de la occisa lo llevó. En el camino, el viudo le ofreció invitarle a almorzar; así lo hicieron en un restaurant al paso. Sus dos hijos estaban en la casa de su madre, permanecerían con ella cuatro días más. En ese tiempo, el viudo hizo desaparecer todo recuerdo de la occisa en el departamento para que sus hijos no recordaran a su madre. La ma-

yor parte de las cosas personales, salvo algunas prendas de vestir que después donó a los pobres, las entregó a la madre que acababa de perder a su hija. Al entierro, la vendedora de la tumba insistió que fuera la hija de la occisa; el padre se opuso tenazmente a pesar incluso de que compañeros de curso de diez años, acudieron para ver cómo Lucky enfrentaba la situación. No vieron nada.

Durante la agonía y antes, nada que podría hacer el padre de los niños tenía valor para los abuelos. Siempre expresaban a sus nietos críticas implícitas a cualquier logro u obsequio; aunque un lustro después del fallecimiento de su hija, asistieron entusiastas al matrimonio de su padre con la birlocha. No porque sus nietos aparentemente ganarían una madre postiza, sino porque la ocasión les permitía hacer lo que más les gustaba: comer, beber y bailar sin que represente un gasto mayor. Los viajes del padre fueron ocasiones para que obsequiara a sus hijos regalos de distintos países. También libros publicados por el susodicho los dedicó a sus hijos, en alguna ocasión más de una vez, a pesar de la desvaloración constante que sus ex-suegros expresaban, aun veladamente, de sus esfuerzos y logros.

Antes de casarse con la birlocha, durante más de cuatro años, el viudo convivió con tres mujeres, aunque de manera intermitente. Es decir, tuvo relaciones amorosas con personas que ocasionalmente se quedaban unos días en el departamento donde él vivía con su hijo. Su madre y su hija se trasladaron al nuevo departamento que el susodicho le compró con el dinero que obtuvo de la venta de su casa. Cambió una casa construida sobre 200 metros cuadrados por un pequeño *garzonier* que, sin embargo, era suficiente para su madre y su hija.

Especialmente el hijo del viudo que vivía con él y que contó de cinco a nueve años, soportó la permanencia, en el peor caso de la birlocha ya casada con su padre, de las mujeres que acudían a dormir con su padre, quedándose, aunque sea muy ocasionalmente, un par de días. La empleada doméstica que les colaboró siempre dejó de trabajar para dedicarse a ayudar a atender el Internet de una de sus hijas. Por los años de ayuda dedicada, aparte de un buen salario que recibía puntualmente, el susodicho le regaló varios muebles, varios electrodomésticos, incluso un refrigerador y una cocina, además de un equipo de sonido con parlantes enormes.

La convivencia intermitente con una mujer y después con otra, alimentaba el desprestigio que los abuelos hacían de su padre ante los nietos. Fue tan efectivo el lavado de cerebro con acusaciones veladas de la supuesta responsabilidad del susodicho incluso por la enfermedad, que Lucky en una ocasión, ante la presencia de su hermano, escribió con su propia sangre una carta breve en la que reprendía a su padre de los desmanes que cometía dando a sus hijos un pésimo ejemplo.

Por otra parte, la relación del viudo con su amante, se disolvió inmediatamente después de la muerte de su esposa. Curiosamente, nunca hubo un momento de diálogo ni de análisis de la separación. Ella sospechaba de una relación amorosa de su amante con su *roommate* estadounidense; él sospechaba de una relación amorosa de su amante con su colega en Puerto Montt. Como fuera, una vez, cuando la hija de ambos le preguntó a su madre por qué ella y su padre se separaron, la respuesta fue: “Es que no nos entendíamos, hija”.

Al ex-cuñado del susodicho, participante del mismo gremio donde trabajaban la *otra* y él, la amante ayudó a su titulación. Incapaz de elaborar una tesis propia, pagó para que, en un programa deplorable, le entreguen el título de licenciatura. El trabajo, al parecer, fue una contribución para mejorar el desempeño de profesores que desenvuelven cierta didáctica especial; sin embargo, sin la evaluación de la amante de quien fue su ex-cuñado, tal vez no hubiese aprobado.

CAPÍTULO 4. LUCKY Y SU PADRE

Corre el año 2042, el hijo de Lucky que pronto cumplirá 20 años, se ha enterado por las vueltas que da la vida, que el padre de su madre, su abuelo, de quien jamás su madre le habló, al parecer aplicando estrictamente un voto absoluto de silencio, recibió una condecoración de su país, llamada el Cóndor de los Andes en el grado de Comendador. Le llegó también el rumor de que su abuelo habría escrito una carta a su madre hacía 19 años, aproximadamente, que era en realidad, un cuento de muy peculiar género, estilo y contenido. Siendo hijo de dos científicos reconocidos en Europa, el muchacho ahorró dinero para viajar al país de su abuelo y lo hizo, llegando finalmente a encontrar la carta que resultó ser un cuento.

El escrito le conmovió mucho. Percibió que su abuelo había sufrido abuso infantil, lo que, probablemente, sembró en su inconsciente el deseo extremo de conquistar y seducir a un número grande de mujeres, mejor si tenían las más diversas procedencias y tipos. Las estadísticas eran elocuentes: se casó por la Iglesia dos veces, se casó civilmente, cuatro veces. La primera vez fue cuando contaba 21 años con una mujer siete años mayor que él; la última, con su esposa con la que vive actualmente. Con la primera esposa no convivió, mantuvo su matrimonio en secreto hasta que ella le confesó que le fue infiel. No se divorció, anuló el matrimonio argumentando que no se consumó. El tiempo más largo de convivencia conyugal suma a la fecha, 30 años con su actual esposa, con quien no tuvo hijos y que le acompaña incondicional y amorosamente en cada momento de su vida. En segundo lugar, cabe referirse a los nueve años de convivencia con su segunda esposa, casada por la Iglesia, con el arzobispo de la ciudad como celebrante, tres curas como co-

celebrantes y doce seminaristas como capellanes en la Catedral Metropolitana de la más importante urbe del país. Se trataría, si el muchacho no se equivocaba, de su abuela, la madre de su madre. Solo como información estadística complementaria, el tiempo más breve de convivencia de su abuelo, fue con su tercera esposa a la que identifica como *la birlocha*. En una carta que le escribió su ex-suegra, está la aclaración de la bisabuela del muchacho, señalando el significado del término “birlocha”. Con fines ilustrativos, se reproduce aquí el texto referido:

Le decimos “birlocha” a la susodicha porque aquí, en el país donde naciste, solo las vendedoras del mercado, que son birlochas con todas sus letras, cuando pelean con gente de su ralea, empiezan a gritar a voz en cuello para que todos se enteren, en su ridícula visión, de lo vapuleado que queda su enemigo. Así se ha portado, mostrando lo que es, la abogada incompetente esa, gritando en el pasillo del edificio de departamentos donde viven tu padre y su esposa, para que los vecinos y su esposa se enteren. Además, “birlocha” también se aplica, a quien tiene a su madre, a su abuela o a otro antepasado femenino, a una *chola*. La birlocha no se pone pollera, sino, en algún momento ha decidido disfrazarse.

Las estadísticas son sustanciosas. El abuelo del muchacho, aparte de vivir de tres meses a 30 años con alguna de sus tres esposas y de no convivir con la primera, salvo alguna excursión de dos días; convivió con otras cinco mujeres. El más largo tiempo, durante 18 meses, aproximadamente, fue con la políglota que ostenta estudios europeos, compartieron tres locaciones distintas, todos departamentos en edificios más o menos lujosos, uno incluso con cinco baños y cuatro dormitorios. En segundo lugar, convivió casi seis meses con su *roommate* estadounidense, no solo en el lugar donde pagaban alquiler juntos; sino, en varias ciudades en las más diversas circunstancias: por invitaciones de parientes y amigos, como hospedaje en moteles o viajando largamente en las interminables carreteras del país. En tercer lugar, el abuelo del muchacho convivió varios meses con una ex-guerrillera sandinista a quien su marido sorprendió en la cama con el susodicho y a quien, ella sorprendió con *otra* en similar situación, después de haberse unido, produciéndose en ambos casos, el final de las relaciones de amor.

Una situación extremadamente peculiar se produjo del abuelo del muchacho con su profesora de postgrado, apenas cuatro años mayor que él. Ella fue presidenta de su país, por pocos días, vicepresidenta por varios años, y ministra de Estado también por largo tiempo. Estuvo casada con un político que contaba casi dos décadas más que ella y, habiendo tenido cuatro hijos, se enamoró del susodicho en poco tiempo, llegando a tirar al mar su anillo de matrimonio, porque se lo pidió. Se encontraban paseando o participando en diversos eventos institucionales en ciudades diversas de países como Argentina, Bolivia, Chile, Perú, Colombia, Ecuador, Espa-

ña, Francia, Alemania e Italia. No vivieron juntos en *garzonier* alguno, pero es evidente, por centenares de fotografías, que compartieron en cada ciudad que visitaron, al menos dos o tres días de hospedaje en hoteles de cuatro o cinco estrellas, siendo, al menos, una treintena las ciudades donde vivificaron su romance.

Algo similar, aunque en menor escala, sucedió con otra extranjera que se cobijó en un departamento del abuelo del muchacho y que cobijó al susodicho en el departamento de su propiedad en su país. La convivencia duró apenas un mes, aunque en una ocasión visitaron alrededor de una decena de ciudades. A esto se suman, finalmente, las cuatro mujeres con quienes el susodicho mantuvo romances sucesivos, no simultáneos; invitándoles según la coyuntura amorosa, a que visiten ocasionalmente por periodos breves, el departamento donde vivía con su hijo.

De más está señalar las decenas de romances que tuvo el susodicho, la infinidad de veces que viajó con nacionales y extranjeras visitando lugares exóticos de varios continentes. En alguna ocasión contó cerca de 30 países y dos centenares de ciudades recorridas, registrándose amoríos o simplemente intercambio sexual pragmático con mujeres de Alemania, Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay, Perú, Colombia, Chile, Bolivia, Ecuador, México, Estados Unidos, Ucrania, Turquía, Grecia, Japón, Sudáfrica, Tanzania y Mozambique.

Tales tendencias disipadas se explican, según lo inferido por el muchacho, por experiencias extremas del susodicho, escritas en el cuento. Se trata, en primer lugar, de una felación a la que su abuelo fue forzado en una ciudad limítrofe del país cuando contaba seis años, obligado por un adolescente de 13 años y que describe con detalle en el texto. Además, hubo abusos de delincuentes juveniles ligeramente mayores que él y que le propiciaron hasta que tuvo 12 años, particularmente por diversión y por el deseo de humillarlo. Aplicaban presión manual sobre el pecho del susodicho hasta que se durmiese estando de pie; lo tiraron a una piscina de agua estancada para que se aterrorice con el ahogamiento y varios le orinaron en una ocasión cuando yacía en el suelo.

Que el abuelo le haya quitado el habla a su madre se explicaba por el cuento detallado que leyó. Aparecen varios hechos que el muchacho no distinguía si fueron ficticios o reales respecto de su madre; aunque, sin duda, sirven de antecedentes para entender una conducta desleal frente a su padre en connivencia con sus enemigas. Corresponde en esta parte, hacer una transcripción literal de tales antecedentes que aparecen en el cuento como un sumario de la *verdadera* Lucky.

- Se alienó de un mundo extraño, despreciando sus orígenes e identidad.
- Ocasionó graves problemas de vivienda a su hermano por desidiosa.
- Careció de higiene y de asepsia en el contexto de post-parto.

- Mostró impúdicamente la desnudez de su bebé, el muchacho, en redes sociales.
- Se burla de los demás, con mentiras ofensivas incluso para la inteligencia media.
- Carece de una posición solidaria alineada con su familia más cercana.
- Justifica sus veleidades con argumentos absurdos y torsiones inaceptables.
- Cree que el mundo gira a su alrededor con ingenuo egocentrismo y narcisismo.
- Humilló a su abuela regalándole una bolsa de pan desde Europa.
- Pretendió humillar a su padre, ostentando el valor de su camioneta rentada.
- Manipula con la auto-imagen de víctima ante la supuesta maldad de su padre.
- Manipula a su marido porque le falta autoestima a ella, careciendo de seguridad.
- Generó en su marido, rechazo y odio hacia su suegro.
- Despreció la religión argumentando que es incompatible con la ciencia.
- Ante una propuesta de prostitución, no reaccionó con dignidad.
- Mostró credulidad y pidió lecturas de cartas para adivinar su futuro.
- Realizó prácticas populares, como las de Año Nuevo, asumiendo su eficacia.
- Tuvo un ataque de pánico que le hizo saltar una verja y le mandó al psicólogo.
- Fue desagradecida, pese a haber sido defendida ante una agresión física.
- Escribió con sangre una carta, traumando a su hermano.
- Instruyó a su hermano, siete años menor que ella, que enfrente a su abuela.
- Irrespetó la dignidad del cuerpo de su hermano.
- Violentó sexualmente a su hermano pidiéndole que le succione el seno.
- Fue insidiosa para que su hermano desobedeciera y responda a su abuela.
- Ocultaba los juguetes de su hermano, burlándose mientras los buscaba.
- Ocasiónó accidentes a su hermano, persiguiéndolo y amedrentándolo.
- Escupió a su abuela, siendo recriminada por una *chola* en el taxi.
- Apuntó y molestó a su abuela con una pistola de juguete.
- Se negó al instructivo de su abuela de limpiar, tirando el trapeador.
- Se quejaba con su abuelo materno, calumniando a su abuela paterna.
- Barrió con la escoba a su abuela haciéndole notar que sería basura.
- Pegó a su abuela de manera ostensiva y consciente.
- Desnudaba a Barbie y a Ken juntándolos como si tuviesen sexo.
- Abusó a la vecina, cortándole el cabello y tratándola como si fuese su marioneta.

La primera traición de la madre a su abuelo consistió en que, en lugar de exigir la retractación de la birlocha del cuento, respecto de los insultos que le profirió verbalmente y por escrito; su madre se alió con ella en una connivencia inaceptable. Le pidió ayuda por simple conveniencia, de modo ridículo y ofensivo, compartiendo actividades de esparcimiento, sin reparar en la dignidad de la familia.

Vinculada a esta traición cabe señalar lo que se señala a continuación. Lucky, i), desobedeció a su padre, a su abuela y a su madrastra que le pidieron que lea el libelo infamatorio, incluso en cinco ocasiones, tanto la versión digital como la física. ii), priorizó sus encuentros con la birlocha y la hija de ella, antes de encontrarse con sus familiares y pedirles información directa y complementaria a lo que ya conocía.

iii), asumió las versiones de la birlocha y su hija como tan o más legítimas que las opiniones de su abuela sobre la desquiciada conducta de su medio-hermana. iv), se burló de los requerimientos de su padre, elaborando un documento absurdo. v), careció del menor ruego de perdón por la traición, explicitando sus disculpas. vi), se abstuvo de exigir que la birlocha se retractase enfáticamente. vii), ni siquiera leyó el ofensivo mensaje que su medio-hermana envió al padre de ambas en su cumpleaños, mostrando cuán perturbada se encuentra y cómo instrumenta su deplorable fanatismo religioso. viii), no comprendió ni por asomo, que la perturbada de su medio-hermana no modificará su conducta desquiciada porque responde a una estructura autoritaria de vida, a un patrón fanático religioso y a una visión del mundo carente de libertad.

La segunda traición de su madre consistió en que no defendió a su abuela ni a la esposa de su padre con determinación ni energía, asumiendo una posición tibia y distante como si se tratara de una evaluación académica con resultados científicos concluyentes. No percibió que incluso la ley establece que los familiares, ante la condena y reclusión de una persona vinculada de manera consanguínea o políticamente, tienen el derecho civil de asistirlo materialmente y la obligación moral de apoyarlo. En lugar de mostrar solidaridad y apoyo; argumentó con *pros* metodológicos y *contras* de contenido, afirmando que, aproximadamente, la mitad de los insultos proferidos contra su padre en el documento escrito por la birlocha, ella no tendría la certeza de si serían objetivos o no, existiendo la posibilidad de que reflejen cómo sería realmente su padre. El beneficio de la duda que insinúa como una gran concesión a su padre, resultaría de un análisis racional y se resolvería solamente al encontrarse nuevas evidencias concluyentes.

Respecto de los insultos a su abuela, afirmó que la birlocha tendría toda la razón; aunque no, respecto de la brujería en el caso de su padre. Presupone que un batracio supuestamente crucificado, evidenciaría de manera incontestable la práctica condenable de la magia negra. ¡Qué célebre actitud inquisitorial, rebosante de ignorancia! Como se advierte, la traidora resultó ser un buen miembro del equipo de la birlocha, cumpliendo tareas como su amanuense y la labor de asistente honorífica, proveedora de argumentos agravantes.

Respecto de los insultos atrevidos contra la esposa de su padre, la defensa de la traidora no podía ser más tibia ni deplorable. Lucky, en ningún momento emplazó a la birlocha a que se retractase de sus expresiones arteras y sesgadas, ni que deje de escarnecer a la mujer que hacía plenamente lo que a ella nunca se le ocurrió ni pudo lograr ni siquiera mínimamente. Lucky no le demandó que se disculpe por ofender a diestra y siniestra, tal y como le enseñó el padre abogado a la hija como contendiente en una querrela criminal. Tampoco se le ocurrió ni por asomo, que

debía exigirle a la birlocha, que le restituya el honor a una persona infinitamente más valiosa, digna y superior, en comparación al deplorable ser en que se convierte cualquier individuo que comienza a insultar a otro.

Peor aún, en el caso del padre de la traidora, existirían *evidencias* objetivas que mostrarían que el 13% de alrededor de 47 insultos (seis insultos) no serían tales, sino apreciaciones *objetivas* que describirían el despreciable ser de su progenitor. Verdades incontestables a las que Lucky, la traidora, contribuyó cínica y ridículamente, sumando supuestas evidencias y nuevos argumentos.

En conclusión, cabe preguntarse ¿cuánta suerte tuvo Lucky en el despliegue de la crisis familiar, evidenciándose que se trataría no solo de un gelatinoso ser humano que termina siendo *neutral* ante el ataque del que son objeto sus parientes consanguíneos más cercanos, su padre y su abuela y que apenas anotaría el error de la impetrante de insultos, incluso contra su madrastra que ha decidido hacer su vida al lado de su padre, atendiéndolo, queriéndolo y dándole ánimo para que pueda capear la durísima enfermedad que le afecta?

Se trata sin duda, de una traidora que miente de modo cínico y sistemático para ocultar la ruindad y maldad de sus venganzas y el goce que le produce el dolor de su padre que debe soportar el ataque de la birlocha y de la perturbada de su hija. Como en el pasaje bíblico de un plato de lentejas, recibió una silla ordinaria para bebé como préstamo de la birlocha y como pago por traicionar a su padre y por claudicar la lealtad y defensa de su progenitura. Además, compartió paseos fuera de la ciudad con fotos incluidas, apareciendo al lado de la repugnante abogada y su medio-hermana, un ser sinuoso profundamente perturbado por el fanatismo de la religión. En fin, en aras de la claridad y la inmunidad contra cualquier *malinterpretación*, cabe señalar explícitamente, lo que NO hizo Lucky, por lo que su padre le quitó el habla de manera permanente hasta que el muchacho lo conoció, recién, cuando llegó a las dos décadas de edad. La traidora, ni por asomo:

- Leyó y escuchó con atención y oportunamente, los documentos que le fueron entregados, escritos y verbales, hasta en cinco ocasiones por sus parientes más cercanos.
- Solicitó, en primera instancia, una reunión presencial con su padre, abuela y madrastra para que le esclarezcan la gravedad y los detalles de la crisis familiar.
- Se abstuvo de poner en duda la veracidad de las posiciones de su padre, abuela y madrastra, sin dar a entender que podría tratarse de personas mentirosas.
- Se abstuvo de acudir a la birlocha y a su hija como si nada hubiese sucedido entre ellas y su padre, su abuela y su madrastra, poniéndolos en ridículo.
- Se abstuvo de mostrar a su marido, que ella prioriza la relación con la birlocha y su medio-hermana, en lugar de cumplir las solicitudes de su padre y los deberes de hija, sin minimizar las consecuencias del problema.

- Comprendió la gravedad de la situación de su medio-hermana que requiere, entre otras, atención especializada por su fatalismo religioso, sus mentiras e hipocresía.
- Pidió perdón con sincera constrictión, a su padre, abuela y madrastra, por las traiciones cometidas contra ellos.
- Se comprometió a cambiar personalmente en el futuro, conduciéndose de manera adecuada en sus decisiones personales; sin despreciar la importancia de su familia y comprendiendo que debe actuar de modo diferente.
- Descubrió que solo ella tendría la posibilidad, aunque remota, de dotarle de sentido común, realismo y espíritu científico a su medio-hermana, allende la nefasta influencia de su familia materna que ha sellado su fanatismo religioso.
- Mostrarle a su medio-hermana que, gracias a que comparte los genes del mismo padre con tres brillantes científicos que son sus medio-hermanos, sería un desperdicio y un despropósito que, como su madre y abuelo, su máxima aspiración sea apenas, convertirse en otra abogada más, tan insignificante como venal.

En el mundo subdesarrollado inmediato de usos y costumbres deplorables, que un pariente cercano mayor, generalmente varón, quite el habla a una pariente menor, por lo general, mujer; constituye el peor castigo y muerte civil que se pueda infligir a una persona. Lo que no hizo Lucky y que se explicita en los diez puntos anteriores, ameritó que su padre le quitara el habla. Que, continuando con su soberbia y terquedad, Lucky no reconozca su traición, agravó la relación; pese a las posibilidades que su padre, su abuela y su madrastra le otorgaron más de una vez para que se arrepintiese y pida perdón con sincera constrictión.

Las consecuencias no son desconocidas de casos anteriores con similares muertes civiles. Por ejemplo, una persona conocida dejó una relación magnífica, sana y limpia con un estudiante de medicina y un posible suegro de prestigio, optando en su lugar, por casarse con su tío, un viejo libidinoso 18 años mayor que ella. La respuesta de su abuelo fue quitarle el habla a la incestuosa definitivamente. Su medio social, sus compañeros de trabajo, amigos de antaño y conocidos recientes, al referirse a ella la mentaban como la chica incestuosa ardiente de cometer trasgresión con su pariente, a quien su abuelo le quitó el habla. Nada destacaba más de ella, ni sus récords académicos, ni sus logros profesionales, ni su propósito de ser deseada, en absoluto; sino lo que fue su inefable falta a la moral familiar digna del peor castigo. Lo mismo sucedió a Lucky y a su hijo en el país de los tuertos, advirtiéndose que la suerte de la chica de Britney Spears fue todo, menos *buena*.

Treinta y tres páginas, tiene este cuento;
Una por cada año de tu vida;
Ojalá que las leas todas con atención;
Para transformar tu falta de respeto;
Tu odio, tu venganza y tu traición.

FIN